

pecie de caverna se encontraron también, además de un hacha de piedra muy bien pulimentada, gran número de mazorcas de maíz de una especie que al presente todavía se cultiva en Nuevo México.

Son asimismo muy notables dos de esos edificios, pertenecientes al cañón del río Mancos, los cuales edificios se hallan á 260 metros de elevación sobre el cauce del río y adosados á una roca que cae en sentido perpendicular. Ambos edificios han sido tan bien ocultos en dos de los huecos de la peña, que los descubridores de aquella especie de nidos de águila sólo valiéndose de un buen antejo de campaña pudieron hacer un dibujo de sus contornos; y cuando después de muchos trabajos consiguieron llegar hasta ellos, pudieron advertir que el uno medía 20 metros de longitud por cinco de ancho, estaba dividido por delgados tabiques transversales en varias habitaciones y tenía en el centro una estufa circular, hasta la cual se llegaba por medio de un pasadizo de seis metros de largo, hecho de fábrica cual un túnel, que sólo tenía 52 centímetros de alto por 70 de ancho, y que con toda probabilidad estaba destinado á dificultar ó impedir la entrada á toda clase de personas no autorizadas para pisar aquel sagrado recinto. En una de las habitaciones se encontraron, sobre un cañizo, dos vasijas perfectamente cubiertas con gruesas tapaderas de piedra. Estaban del todo vacías y acusaban una cabida próximamente de 15 litros. En el fondo de una de ellas había un agujero que estaba cubierto con el casco de otro cacharro también de barro y pegado con arcilla. En las cercanías de todas esas viviendas se encuentran cascacos de vasijas de barro en tal cantidad que de las proximidades de uno tan sólo de esos pueblos pueden cargarse con ellos gran número de carros. Estas vasijas, fabricadas de arcilla muy fina mezclada con polvos de ladrillo y pedacitos de concha para darles mayor consistencia, son de muy superior calidad á las que se encontraron en los mounds. Según observaciones hechas en las mismas se ha venido en conocimiento de que, después de haberles dado forma, fueron cocidas y pintadas, y aun, algunas veces, esmaltadas con un barniz de color azul, negro, rojo, blanco y hasta de brillo metálico. Sobre las paredes de estas vasijas, además de las figuras humanas, de animales y de aves con que las adornaban, se aplicaban toda clase de ornamentos, que guardan gran semejanza con las antiguas muestras griegas y etruscas, en cuyos ornamentos se ven líneas meándricas, cintas onduladas y otros dibujos, desde los más sencillos hasta los de combinación más complicada.

De los dos edificios que venimos reseñando, pegada completamente al inferior asciende la roca en sentido perpendicular por su espalda 10 metros más de altura, no pudiéndose subir al edificio superior, cuyos medios defensivos son insuperables, sino con la ayuda de pequeños surcos esca-

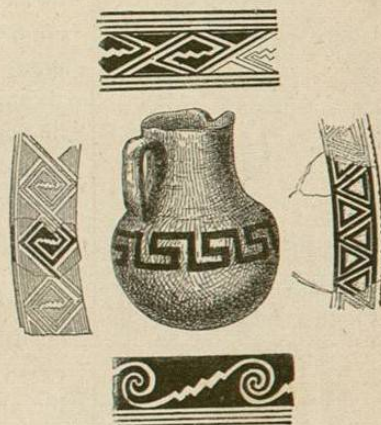
lonados practicados en la roca. Esta vivienda tiene tres metros de profundidad y cuarenta de longitud, y está dividida en varios departamentos transversales que comunican entre sí por estrechas y bajas aberturas que sirven de puertas. Algunos de estos departamentos sirvieron, según parece, para guardar provisiones, pues al igual que en el otro edificio reseñado anteriormente, se hallaron en ellos pequeñas existencias de maíz y de habichuelas. El techo y las paredes de uno de ellos estaban en absoluto ennegrecidos por el humo.

Á unos seis kilómetros río arriba se encuentran otros dos fuertes; situado el uno á 230 metros de elevación sobre el nivel del valle, está perfectamente conservado, pero es ape-

nas accesible. El efecto que producen estas construcciones contemplándolas desde el llano ó desde las rocas opuestas es, en verdad, sorprendente, proporcionando el convencimiento de que sólo circunstancias especiales pudieron impulsar á sus moradores de otro tiempo á buscar refugio en ellas. Una de estas viviendas, que constaba de dos pisos, se conoce con el nombre de *Two Story Cliff House*, y contiene varias habitaciones bastante capaces, una de ellas de tres metros de largo por tres y medio de ancho.

En ellas, tanto las paredes exteriores como las interiores están cubiertas por varias capas de argamasa, las cuales capas parece que fueron extendidas con la mano según las huellas que aún se ven en ellas, algunas tan marcadas que se distinguen perfectamente hasta los poros de la palma.

El enlucido de las paredes, por la parte exterior, tiene el mismo color que las piedras que cercan el edificio, lo que no debe ser obra de la casualidad. También en el cauce seco del río Hovenwep hallanse restos de habitaciones de esta clase. Las que más llaman la atención son unas emplazadas sobre las cavernas naturales de distintas rocas, puestas unas sobre otras en un piso saliente y escarpado. La entrada á las que ocupan el primero y segundo términos es por demás dificultosa y sólo se consigue con la ayuda de unas hendiduras practicadas en la roca para apoyar las manos y los pies, y de las cuales queda hecha mención al describir anteriormente uno de estos edificios. Pero todavía mayores dificultades ofrece salvar la distancia que media entre el segundo y tercer grupo,



Jarro ornamental y muestras decorativas de los habitantes en las rocas

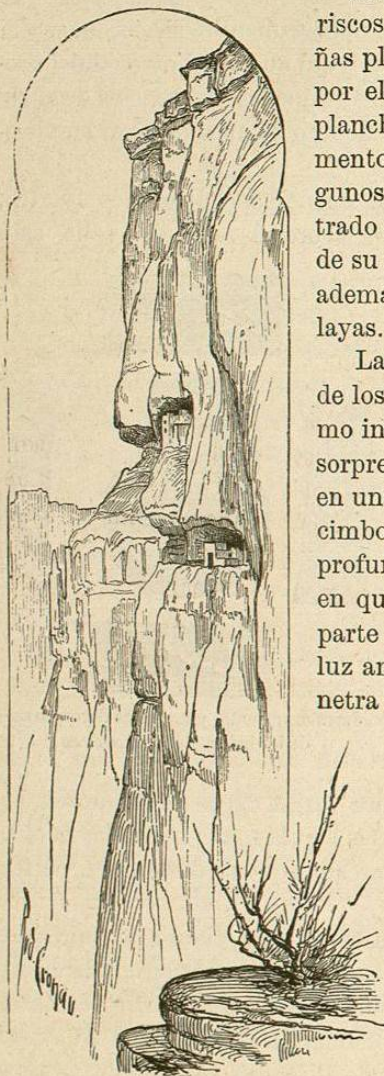
pues la meseta en que se hallan asentadas tales viviendas sobresale á gran distancia del paredón de roca.

Sobre las mesetas y el terraplén superior de riscos se encuentran filas de grandes y pequeñas planchas de tierra de asperón, ordenadas por el estilo de los menhirs de Bretaña. Estas planchas circuían grandes y pequeños departamentos, en los cuales, excepción hecha de algunos carbones de encina, nada se ha encontrado que pudiera dar la más ligera idea acerca de su uso. En las vecinas altas rocas se hallan, además, las ruinas de antiguas y redondas atalayas.

Las ruinas que se ven en el cercano cauce de los ríos Moctezuma y San Juan son asimismo interesantísimas. Entre las de este último sorprenden las de un pueblo entero construído en una inmensa caverna circular, en forma de cimborio, de 65 metros de longitud por 30 de profundidad y 65 de altura. El color de la mole en que está la caverna es rojizo claro en su parte superior y más oscuro en la inferior. La luz amortiguada del interior, en el cual no penetra un rayo de sol; la exuberante vegetación alimentada por el ambiente semihúmedo que reina en aquella altura, y la casi medrosa claridad con que las paredes repercuten los más tenues sonidos dan á estos lugares un aspecto fantástico y sobrenatural.

Otra ciudad cavernosa parecida á ésta se encontró en el cauce del río Chelly. Se hallaba asentada sobre una peña perpendicular de 100 metros de elevación, y su longitud y profundidad eran 180 y 13 metros respectivamente. En el centro de dicha ciudad, compuesta por gran número de casas, se

hallaba la indispensable estufa. Entre los varios objetos que se encontraron había vasijas y otros utensilios de barro pintado, herramientas de piedra y puntas de flecha de pedernal.



Casas construídas en las rocas en el cañón del río Mancos.
Dibujo del natural de R. Cronau

Epsom Creek Valley, al igual que los caños del río que en él desembocan, posee un tesoro verdadero de cavernas, cuyo interior está por completo ennegrecido por el humo ocasionado por el fuego del hogar. En uno de los lados de una roca de 100 metros de altura se ven hasta media docena de estas construcciones, unas sobre otras, emplazadas en las distintas mesetas del peñasco. Por su posición extraña merece mencionarse una atalaya cuadrangular construída sobre la cima de un bloque colosal, punto absolutamente inaccesible. Son varias las ruinas de atalayas

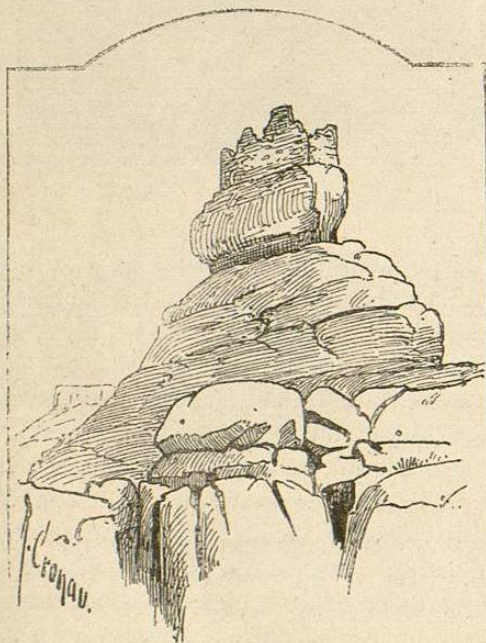


Vasijas mexicanas

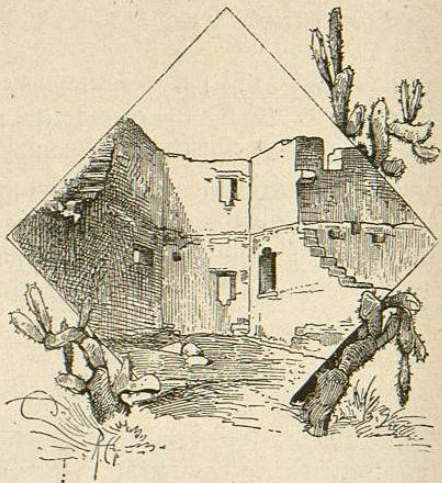
semejantes á ésta descubiertas en promontorios y mesetas de las cercanías. Que estos torreones eran un medio defensivo de los habitantes de estas ciudades, se observa en las ruinas de los *holmes* sobre los riscos del río San Juan, á 55 kilómetros de la desembocadura del río Mancos. Allí se extienden, hasta una longitud de 13 metros, grandes paredones de peñas á orillas del río, en los que se ven grandes y pequeñas cavernas que fueron ensanchadas por los *cliff dwellers*, que construyeron en ellas sus viviendas. Cuando los habitantes de estas peñas estaban á cubierto de sus enemigos de la llanura por lo muy escarpado de sus paredones, quisieron estarlo asimismo por la parte superior, pues por allí podían descollarse aquéllos valiéndose de *lazos* unidos unos á otros, y para mayor seguridad construyeron las citadas atalayas, que estaban además reforzadas por su parte exterior por sólidas murallas.

Uno de nuestros grabados (página 77) muestra de qué manera se establecía la comunicación desde la llanura á las rocas por el intermedio de escalas que se retiraban después. Y que todas esas medidas de precaución eran debidas á la proximidad de enemigos poderosos se deduce fácilmente al ver el crecido número de puntas de flechas de sílex que aún se encuentran en las hendiduras de las peñas, que en ocasiones varias fueron teatro de las sangrientas batallas que se veían obligados á sostener los *cliff dwellers* contra sus enemigos ávidos de botín.

Los habitantes de Pueblo y los *cliff dwellers* poseían una escritura jeroglífica, cosa ignorada por los moundbuilders, de la cual escritura se encuentran muestras en los valles de los ríos Mancos, San Juan y Gila. De esta escritura se ven algunas de las dichas muestras esculpidas y pintadas en la roca, y en parajes tan inaccesibles, que hay exploradores que suponen que sólo servían de adorno. Pero esto es porque los primitivos habitantes de América sabían, sin duda alguna, expresar mucho con un reducido número de signos y figuras, por cuyo intermedio legaban á sus descendientes el conocimiento exacto de los más importantes acontecimientos de su tiempo, sin que nosotros, que no estamos con tal procedimiento familiarizados, podamos hallar relación alguna entre tales signos y figuras.

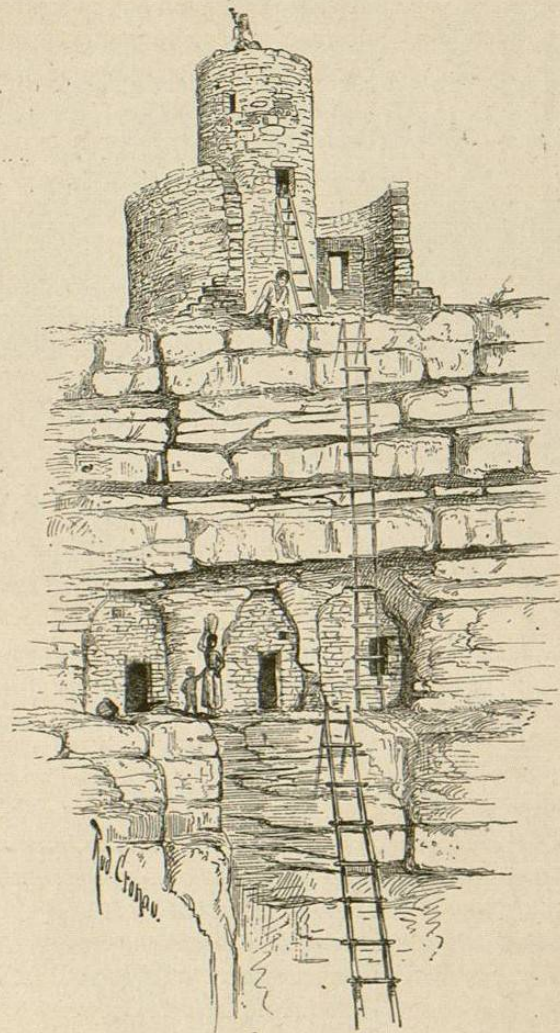


Restos de una atalaya en Epsom Creek Valley



Interior de una vivienda de rocas en el cauce del río Mancos

El grabado que damos en la página siguiente, que reproduce una copia de la escritura jeroglífica del hombre prehistórico de América, es por demás interesante y copia exacta de una muestra hallada en los paredones



Una vivienda de rocas en el cañón del río San Juan, según un boceto de restauración de Holmes. Dibujo de Rodolfo Cronau

pedregosos del río San Juan, á 55 kilómetros de distancia de la parte baja de la embocadura del río de la Plata. Todas las figuras parecen cinceladas á fuerza de trabajo á un metro de profundidad en la roca viva y representan

una larga procesión de hombres, animales, aves y figuras extrañas que siguen todas una misma dirección, observándose la circunstancia de que

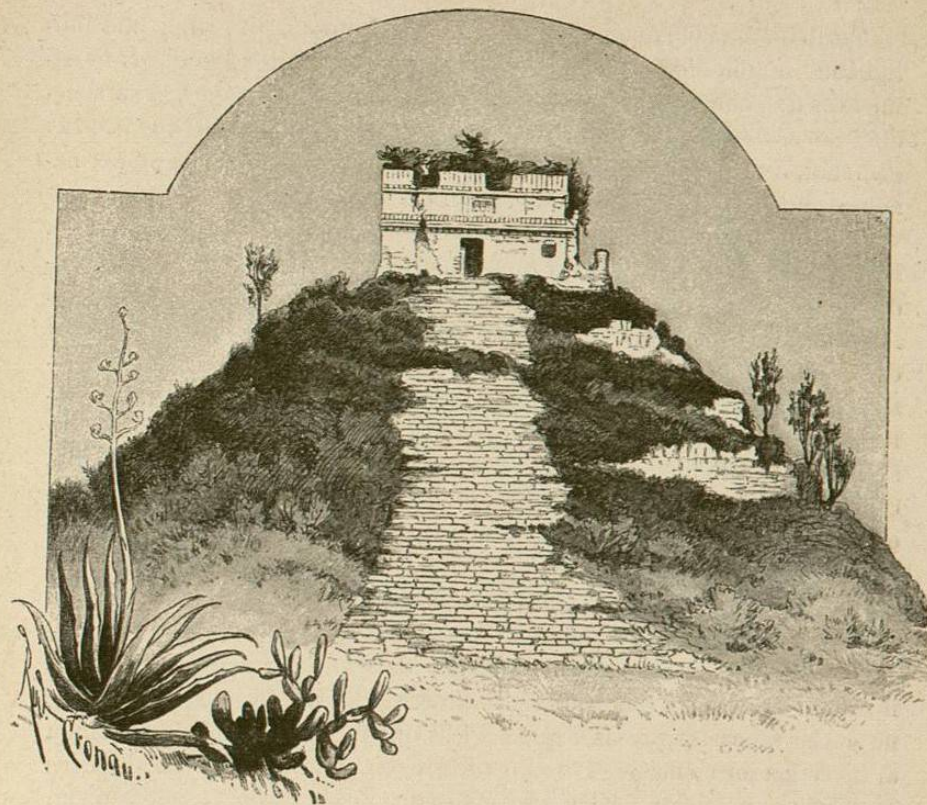
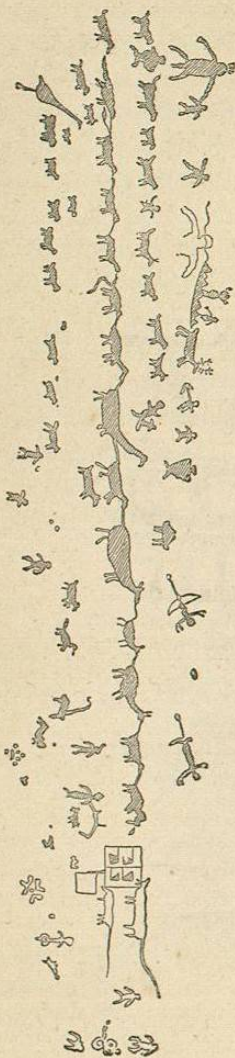
todas las representaciones de animales están unidas entre sí. Para descifrar el significado de esta agrupación hay necesidad ante todo de tener en cuenta que los primitivos troncos de los pueblos indios se dividieron primero en diferentes ramas, cada una de las cuales adoptó por *totem* ó divisa una figura de animal. Y en tal concepto es posible que toda la escultura de que nos ocupamos quiera representar la emigración de varios de estos troncos divididos en ramas distintas.

Está demostrado históricamente que en América hubo numerosas emigraciones y es probable que los indios de Pueblo y los *cliff dwellers*, cansados del combate rudo y continuo que se veían precisados á sostener contra las rapaces tribus del Norte, y al mismo tiempo de las inclemencias del clima y de la escasez de agua, se decidieran á emigrar.

Aunque es indudable que los habitantes de los valles del río Grande, en Nuevo México, de los que nos ocuparemos más adelante, son los descendientes directos de los antiguos indios de Pueblo, igualmente lo es que gran parte de éstos emigraron hacia el Sur. En corroboración de esto, por ejemplo, puede presentarse el hecho de que el teniente Schovatka, explorador del territorio de Alaska, descubriera en los últimos años, en las apenas visitadas montañas del Estado de Chihuahua, cavernas parecidas á las que se ven en Arizona y Nuevo México, con la sola diferencia de que éstas todavía están

habitadas. Sus moradores, cuyo número no baja de tres á diez mil almas, son sumamente ariscos, de color bronceado, prestan culto al Sol, y todavía usan como armas la flecha, el arco y el hacha de piedra. Así, sin ningún género de duda puede considerárseles descendientes de aquellos pueblos misteriosos, cuya herencia son las ruinas de las asombrosas construcciones que se contemplan en los hoy desiertos páramos de Arizona, Utah y Nuevo México.

Escultura de los paredones pedregosos del cañón del río San Juan, en Nuevo México



El castillo de Chichen Itza
De una fotografía de Charnay, dibujo de Rodolfo Cronau

LOS ANTIGUOS PUEBLOS CULTOS DE MÉXICO Y DE LA AMÉRICA CENTRAL

En el capítulo anterior supusimos que gran número de los habitantes de Pueblo y de las rocas, cansados de luchar con las inclemencias del clima y la animosidad de sus vecinos, decidieron á abandonar sus hogares y emigraron á otras regiones; y por más que de esta emigración no hay noticia alguna en la historia, no faltan datos que la hagan verosímil.

Indudablemente la tendencia de los emigrantes era inclinarse hacia las comarcas del Sur, y es lo más probable que se mezclaran de tal modo con aquellas tribus mexicanas tan idénticas á ellos en idioma y en costumbres, que llegaran á confundirse sus razas, ó bien que fundaran uno de aquellos pueblos que con un nombre por nosotros conocido tan importante papel juegan en la historia de América.